

NAVEGANTES EUROPEOS
EN SANTA CRUZ DE TENERIFE.
EL CAPITÁN JAMES COOK

P O R

ENRIQUE ROMEU PALAZUELOS

I

SANTA CRUZ DE TENERIFE A FINALES DEL SIGLO XVIII
LA POBLACIÓN Y SU VIDA

En 1723 se consolidó el hecho que dio a Santa Cruz la mayoría de edad, y confirmó la importancia de su situación.

Algunos viajeros y dos excelentes cronistas de la vida tinerfeña, Lope de la Guerra, entristecido y pitagórico, y su hermano Fernando, marqués de San Andrés, melancólico y socrático, han dejado testimonio de hechos que dieron a Santa Cruz las connotaciones que lo habían de hacer en pocos años sede virtual hegemónica de todo el comercio y de toda la política, no sólo de Tenerife, sino de otras islas del archipiélago.

Pienso que ni aun en la clase dominante de Madrid, menos en el pueblo, había conocimiento del valor, de lo que eran y de cómo eran, qué significaban las Islas; de tal ignorancia infiero como intentó Viera y Clavijo que se enteraran de ello los políticos y los nobles madrileños, por eso les regaló ejemplares de la *Historia de Canarias*. Las relaciones, que guardó celosamente, lo confirman. Quizá los franceses y los británicos las conocían mejor. Grande debió de ser la sorpresa que causó en Madrid, en Valencia, etc., conocer que el famoso almirante Nelson, vencedor en los mares, se había rendido a los tinerfeños. Tuvo que ser a más de un orgullo, una revelación.

Y sin embargo, Santa Cruz existía desde 1494, aunque sólo como modesto conjunto de cabañas, desparramadas por unos terrenos, cuya configuración moldeó desde el principio la forma de la población.

En 1590 vivían en «el lugar» de Añazo unas mil personas, que doscientos años más adelante fueron sobre las seis mil quinientas. Pero la actividad con que se movieron unos y otros, originó en frase feliz de Elías Serra Rafols, «la gran ciudad espontánea», que se constituyó racionalmente alrededor de dos ejes; uno de norte a sur, hacia La Laguna, y otro de este a oeste, por el borde del mar. A los pobladores iniciales, pescadores y marineros, se unieron comerciantes, militares y funcionarios, y todos dieron a Santa Cruz una lógica estructura sociopolítica.

El poblado se fue integrando idealmente en dos triángulos; los vértices de uno eran San Francisco, la iglesia de La Concepción y el castillo de San Cristóbal. Los del otro, el castillo de San Juan y, siguiendo la costa, el de Paso Alto; el vértice superior se situaría al final de la calle del Castillo, que acababa en un amplio solar, vendido en 1776 para el Ejército, al militar Cayetano Hoyos, y que se unía tirando a un lado con el camino de La Laguna, al final de cuyo primer tramo llegaba lo que se llamaría paseo de ronda y *camino de los coches*.

Es lógico imaginar la inquieta faena de los vecinos, cuyas labores principales se centraban en el comercio y la navegación.

En 1724, poco después de que Lorenzo Fernández de Villavicencio, marqués de Valhermoso, bajara a residir en Santa Cruz, se inició la última escalada en el desarrollo de la población.

Por ello, antes de entrar con el capitán Cook y su navío «Resolution» en la rada tinerfeña, voy a esbozar una composición de lugar, unos apuntes de lo que ofrecía Santa Cruz de Tenerife en los años medios y finales del siglo XVIII... anticipación del espectáculo con el que se iba a encontrar el marino inglés tras varios días de navegación.

¿Cómo era, qué era, cómo y quiénes vivían en Santa Cruz por los años 1750-1800?

Un corto espacio habitado, que estaba formado por casas

bajas, *terreras*, en su mayoría, muchas aún con techos de *torta*, barro y paja, algunas con tejas y solamente unas pocas con más de una planta. Las casas quedaban aisladas entre pequeñas huertas, en las que había pozos de agua. El terreno estaba dividido por barrancos y barranquillos, por los que corrían a veces los torrentes sucios de las avenidas, o estaban llenos de basura. Sobre las viviendas sobresalía la torre del convento de San Francisco, pues la de la iglesia de La Concepción estaba juntamente con su iglesia en obras y se iba a situar en lugar distinto al que tuvo cuando el incendio de 1652. Había además un curioso pleito entre La Concepción y San Francisco sobre el número de campanas; el beneficiado servidor del templo en 1776 trataba de obtener que su iglesia tuviera más campanas, lo que no conseguiría. «En 22 de marzo (1778), por la noche, se subió a la Torre del Convento de San Francisco de Santa Cruz, una campana de la Tercera Orden, de las que había mandado bajar el Ilustre Obispo Servera, y se dice han alcanzado facultad para poner en su Torre las campanas que quieran» (L. Guerra, *Diario*). El convento de franciscanos, cuya iglesia y torre estaban naciendo bajo la dirección y entusiasmo de fray Jacobo Antonio Sol, quedaba por las afueras del poblado, y tenía en la trasera una muy extensa huerta. Lo primero que tiraba de los ojos del viajero luego de atisbar la torre franciscana, era el conjunto terroso chato y compacto del castillo principal de San Cristóbal, que metía sus muros en el agua verdinegra. El castillo era la prueba de que Santa Cruz tenía un valor propio. Para conservarlo se habían trasladado los comandantes generales desde La Laguna. Quien gobernaba aquellos años era el marqués de Tabalosos, Eugenio Fernández de Alvarado, del cual conocemos notas curiosas por los relatos que de sus *garrebuncias* hicieron Fernando y Lope de la Guerra.

Los comandantes generales eran *virreyes*. Tabalosos como sus antecesores Vallehermoso, Urbina, Bonito y los que le sucedieron, el marqués de La Cañada, el de Branciforte... deseaban ser más *virreyes* aún, pero los tiempos trastocaban los órdenes establecidos. Cagigal lo había de experimentar en 1808... A la vista de un plano del castillo, hecho en 1773 por el ingeniero militar José Ruiz, se apreciaba que de los

veinte locales que tenía, añadidos unos a otros al paso de los años, más de la mitad eran vivienda accidental, y salas de respeto y de audiencia de Tabalosos, en la que «*llevaba tres reales* (por los papeles) *y daba campanillazos*» (F. Guerra, *Noticias*). En 1776 era alcalde real Santiago Clemente del Campo; juez de Indias, Bartolomé de Casabuena y Mesa; alcaide de San Cristóbal, Alonso Chirino de Sandoval, marqués de la Fuente de Las Palmas; vacaba el alcaidazgo de San Juan y el de Paso Alto lo era el recién nombrado teniente coronel Matías de Gálvez, que sería más adelante auténtico virrey de México.

Los médicos fueron varios; en 1775 falleció Domingo Madan y Grant, irlandés emigrado, que dejó numerosa familia y fue estimado de sus convecinos; tuvo su casa en la plaza de la Pila. Manuel de Ossuna, del cual no estuvieron muy satisfechos en Santa Cruz, se trasladó a La Laguna en 1785. Otros fueron Juan Villaseca, Nicolás de Salas, Diego Armstrong, también irlandés, especialista en cirugía. Falso médico fue Bachiarelli, que recetaba para que los enfermos compraran en la botica de su padre, que sí que era cabal farmacéutico. Éstos tenían que luchar con la competencia que les hacían los curanderos y sanadores, vendedores de hierbas y ungüentos mágicos. Tuvieron botica Thomas Macaughlin, Antonio de la Peña, Solano, Antonio Sarmiento y otros.

Para los seis mil y pico de vecinos había un escribano, Domingo Rodríguez Velasco, natural de La Orotava. Y se disponía a fin de siglos de dos hospitales, el fundado por los hermanos Logmann al lado del barranco y el militar, al final de la calle del Castillo, en el gran solar que existió allí entonces. Las enfermedades más frecuentes eran los flatos y los tabardillos; también la sarna, motivada por el consumo de pescado seco.

La población era animada, ruidosa y etiquetera. El compás de cada día se alteraba con la llegada y marcha de los navíos y con algún hecho no corriente... que un fraile paseara por la alameda con un puro en la boca, espada enganchada en el cingulo y guitarra en bandolera... o que se comentara que el recaudador de Rentas del Estado, Joseph Carta, había sido

procesado, lo fue en 1788, a causa de faltas en las arcas públicas. La población se movía al son del puerto, que era preferido al de Funchal. Lo aseguran Glas, La Billardière, Cook y el embajador Macartney. «Tenerife es el centro del comercio con España y las Colonias Británicas en América; unos cuantos barcos de estas partes del mundo recalán en Canaria y La Palma, pero no puede compararse con el número de los que llegan a Tenerife... (Glas, *Descripción*). «Esta de Tenerife es casi la única donde atracan los barcos extranjeros y no es sino en Santa Cruz de Tenerife donde se cargan los productos del país» (Macartney, *Viaje*).

La Billardiere anotó que Santa Cruz era muy ruidosa y que las olas batiendo contra la escollera hacían un estruendo insoportable. El viajero francés se asombró de la alegría de a vida santacruzera y de que las mujeres fáciles que pululaban en gran número fueran delante de los marineros requiriéndoles, y aseguró que más de uno se arrepintió de haber cedido a sus invitaciones. Es sugestivo añadir a este comentario, en el que coinciden otros viajeros, la mención de *La Capitana*, que era por 1788 la jefa absoluta de la gente brava del muelle y que Bory de Saint-Vincent citó con su libro sobre Tenerife.

Lope de la Guerra dedicó un largo párrafo a la noticia de la llegada de la flota que el 21 de mayo de 1788 arribó al puerto de Santa Cruz y «que venía de las Indias a cargo del Jefe de Escuadra Antonio de Ulloa... (Ulloa fue uno de los que marcharon con La Condomina en 1737 a Perú a hacer investigaciones astronómicas. Con él fue el también célebre Jorge Juan)... «traía dicha Flota falta de agua y comestibles de que se proveyó con facilidad en esta Isla, como también de alguna jarcia, y los marineros y otras gentes de mar, que vinieron a tierra se entregaron tanto al vino y a las mujeres, que fue necesario trabajo para volverlos a juntar a bordo...» (L. Guerra, *Diario*).

Había una regulación metódica y pormenorizada con numerosas órdenes, algunas quizá contradictorias, que organizaban la vida de Santa Cruz; estaban marcadas con precisión las horas de cierre de los comercios y garitos; los lugares de espera de los borriqueros, que transitaban con cargas o basuras;

los sitios donde se habían de colocar los puestos de venta de los panaderos, los vendedores de hielo y de pescado. Las calles eran casi todas de tierra y solamente algunas tenían pavimento de cascajo. Las casas, con muros de adobe, aunque bastante estaban encaladas en blanco. No todas tenían cristales en las ventanas y las tapaban con papeles engrasados. Los marcos de ventanas y puertas se pintaban de verde. Se estaban comenzando a hacer fosas sépticas, y el arrojar inmundicias a la calle tenía sus horas y su canon municipal. López de Heredia había ordenado que los vecinos pusieran faroles de aceite en las fachadas. Algunos balcones de madera quebraban con su elegancia la monotonía de las paredes planas. Casas buenas que se destacaban en las calles de La Marina, La Cruz Verde y la plaza de La Pila fueron las de Boza de Lima, Tolosa, Villanueva, Casalón, de La Hanty y Hamilton.

Hacia unos años que se habían levantado dos monumentos, ambos costeados por el opulento comerciante Montañés; la Cruz de mármol y el Triunfo de la Candelaria: «A la devoción y expensas de Don Bartolomé Antonio Méndez Montañés, Capitán de Forasteros y Síndico Personero de este Puerto. 1759». Las dos en la plaza de la Pila, entre el castillo y la casa que por el lado superior sirvió de residencia a algunos comandantes generales.

En 1754 se cubrió el barranco de Santos con un puente, el de Zurita y los barranquillos; los de Cagaceite o del Aceite, de San Antonio, del Ahorcado, tenían pasarelas hechas con troncos de árboles y tablones. Las calles ostentaban nombres determinantes y calificadores: de los Moriscos, de las Lonjas, del Chorro, de las Tiendas, del Boquerón, callejón del Judío, de la Marina, de los Malteses...

Mandaban muchos y chocaban entre ellos... El *virrey* Tabalosos, los inquisidores, sus comisarios que sospesaban los hechos y los dichos con extremada minuciosidad y con el deseo de encontrar heregías o libros prohibidos, y falta de respeto a dogmas y santos. Ledru se horrorizó con exclamaciones muy francesas: «En la mayoría de las iglesias se leen catálogos impresos de libros prohibidos por su odioso tribunal» A. P. Ledru, *Viaje...*). Aún se tenía algo de miedo a la Inquisi-

ción; Fernando de la Guerra refiere en las *Noticias de dos comandantes generales*: «En primero de agosto de 1775, llegó a Santa Cruz un Navío de Guerra. Se creyó en Santa Cruz que conducía al nuevo Comandante General Alvarado. Se mataron aves, se formó la tropa, se rebulló el pueblo y se comunicó la noticia a la Ciudad. (La Ciudad, con mayúscula, fue por antonomasia La Laguna.) Salió ser un navío francés que dicen venía de La Martinica. Cuando se fue se llevó a su bordo a un francés que vendía cosas en la casa de un portugués botillero y mesonero. Peleó con el portugués el francés, y el portugués lo delató a la Inquisición por Judío, Hereje, Hugonote, etc., porque decía que no traía rosario y que comía carne en viernes. Luego previno al francés diciéndole que sabía que lo habían delatado a la Inquisición y que si no se ponía a salvo, lo quemarían y a su hija. Que él lo acompañaría al Puerto con trabucos y le recogería sus mercancías y créditos. El francés empaquetó lo que tenía y se salvó en el navío francés. Los oficiales de este navío decían muchas cosas del Santo Tribunal. El vulgo dice que el francés se desapareció de repente y que era brujo. El Portugués insiste en persuadir que es Brujo, Hugonote y Judío y todo menos cristiano...» (F. Guerra, *Noticias*).

La desconfianza hacia los extranjeros fue normal. Había por entonces en Santa Cruz menos de un centenar. Para unos los foráneos impulsaban el comercio, para otros eran herejes y *gabachos*. Procedían de Irlanda, Portugal, Holanda, Inglaterra, Francia y Malta principalmente.

Los pretextos para encontrar diversión fueron constantes. Cuando llegaba un comandante general, o los días de las verbenas de San Juan y del Cristo de los Dolores en las cuales las *tapadas* y los *embozados* ponían su misteriosa desenvoltura. Mucho sermón y mucha novena: «No faltan a maitines, a misa y a vísperas. Las mujeres de calidad no salen casi nunca de la casa sino para ir a la iglesia...» (Macartney, *Viaje*). Funciones de teatro, primero en casas particulares y por rigurosa invitación, y a fin de siglo en el teatro que levantó Domenichini. «Esta ciudad posee un teatro muy frecuentado, en donde se encuentra a veces una sociedad interesante... Los papeles de mujeres eran representados por hombres disfrazados».

dos...» (A. P. Ledru, *Viaje*). También ocurrían a veces volatines o el concierto extraordinario e improvisado de un muchacho violinista que llegó de paso en un barco de América del Norte. Se bailaba el zapateado y el fandango, y según cuentan bailaban mal y los músicos tocaban de oído; las orquestas estuvieron compuestas por violines, flautas y guitarras... Mucho juego de naipes, en casas particulares y en *timbas*. Se había prohibido jugar en éstas después de las nueve de la noche por las peleas y ruidos. Por septiembre de 1775 se estaba realizando la complicada operación del cambio de las monedas: «los Reales wambas, medios y tostones portugueses, y que corra la nueva moneda con el mismo valor que corre por España» (F. Guerra, *Noticias*). Tabalosos trajo *de ocultis*, lo que le costó un pleito con el patrón del buque, 800.000 piezas de moneda peninsular. Encargó a los Cólogan la operación de trueque, que fue lenta por la picardía e ignorancia del pueblo. Una gangochera de La Laguna no quiso admitir en pago de su mercancía las *wambas* del comprador. Las *wambas* procedían del tiempo de los Reyes Católicos, y estaban desgastadas y recortadas. El comprador se quejó al corregidor, quien impuso a la mujer una multa, pero que no aceptó las monedas, *wambas*, desde luego, con que ella le quiso pagar (M. Sánchez, *Semihistoria*). Hasta entonces corría el dólar mexicano que equivalía a diez reales plata; diez cuartos hacían un real de plata.

Las fiestas que se organizaban a la llegada de un comandante general tenían un protocolo riguroso. «Se mataron aves... se rebulló el pueblo...», lo hemos sabido, pero había además cañonazos y refrescos con saraos para algunos, y en ocasiones con una *fuentita de vino* para todos... «Don Carlos Povía, un embustero y hablante infinito... se comió los mil pesos hablándole de hacer una Fuentita... que estuviera manando ponche tantas horas...» (E. Guerra, *Noticias*).

Las fiestas que se hacían cuando se marchaba un comandante general eran menos ruidosas, pero secretamente alegres. Se pensaba: *quién venga lo hará mejor*... Algunos acudían al muelle a ver cómo se embarcaban las cajas con el dinero y los regalos que llevaban.

Anecdóticas y con incidentes fueron las revistas militares,

a las que asistían muchos espectadores curiosos que se divertían con la escasa marcialidad de la tropa. Los uniformes coloridos de los oficiales de los regimientos de las Milicias de Canarias o del de Ultonia, que estuvo a fin de siglo de guarnición en Santa Cruz, contrastaban con la vestimenta de los soldados. Se comentaban las graciosas intervenciones de jefes y oficiales, que se olvidaban ante los *refrescos de dos clases* que hacía con nieve del Teide Francesco Chiaro, dueño del *Aguila italiana*, en la plaza, donde despachaba aquéllos y otras golosinas.

Los viajes se hacían a caballo. La anchura del camino de La Laguna no admitía coches de cuatro ruedas y sólo los birlochos de dos. Branciforte solía utilizar uno. Las damas montaban en burras con jamugas adecuadas. Esto fue corriente. Viera tiene en una de sus cartas al marqués de San Andrés un gracioso comentario sobre lo caras que se habían puesto las burras en San Ildefonso, desde que un médico aragonés recomendó a la princesa de Asturias, María Luisa de Parma, los paseos en burra. Para cualquier viaje largo se ponían velos y guardapolvos, se dejaban las burras y se usaban carretelas y sillas de mano.

La esposa del comandante general López de Heredia había traído la moda de salir a la calle con manteleta y aun sin nada a la cabeza, pero a finales de los 1700 ya se usaban los sombreretes de copa alta... Se acudía al paseo: «Santa Cruz tiene dos paseos bonitos... La gran plaza... adornada con unas fuentes de piedra de lava negra... el otro, la Alameda, que está decorada con fuentes de mármol blanco y plantaciones agradables...» (A. P. Ledru, *Viaje*). La Almeyda, la Alameda, fue construida en 1782 por orden de Branciforte, en la llanada que se abría entre los castillos de San Cristóbal y Paso Alto. Al paseo vespertino iban además de los galanes y las damiselas, bajo la vigilancia de las madres, los viejos de coleta y peluquín. Unos y otros obsequiaban con helados comprados en *El Aguila italiana*...

Había naturalmente amoríos... «Se trata de galanteos con motivo de los Ponte padre e hijo que están en Santa Cruz, de un oficial de Artillería su apellido Arce, a quien mandó el Co-

mandante a las islas de Lanzarote y Fuerteventura con una comisión de revistas y el motivo es un galanteo.» Fernando de la Guerra que anotó estos datos puso al margen y con letras del alfabeto griego «La mujer de don Josef Carta», y siguió: «Otro Ayudante está en Santa Cruz detenido y malas interpretaciones comentan que por un cortejo que ya fue un poco ruidoso en otro tiempo.» Y al margen y también con letras griegas: «Murga, cortejo de Doña María Núñez de Grimaldi.» Sucesos normales, pues la belleza de las hembras santacruceras excitaba a los jóvenes oficiales de la guarnición. La llegada de forasteros animaba a los vecinos, como ocurrió cuando en 1780 desembarcó la esposa del comandante general marqués de La Cañada, Rafaela de Baquedano, no una amazona con bigote, y su cocinera, «que venía dispuesta a vender su doncellez o lo que fuera...» (G. Guerra, *Cartas a Viera y Clavijo*). Los cortejos, galanteos o *sigisbeos* tenían escenario propicio en el Campo de las Cruces, por las cercanías de la ermita de Regla, camino del castillo de San Juan.

El de San Cristóbal fue el centro oficial de la población. Según un viajero del siglo anterior, era lóbrego, oscuro, algunos salones no tenían más luz que las que recibían de las claraboyas. No fue residencia oficial de los comandantes generales que pasaban unos días en él, hasta su acomodo en la casa que alquilaban. Sin embargo, Tabalosos se encontró tan a gusto en la fortaleza cuando llegó en 1776, que se quedó a vivir en ella durante los años de su mando, y utilizó la mayor parte de las habitaciones con disgusto del castellano. Frontera al castillo estaba la plaza de la Pila, que fue el agora y el mentidero de las reuniones del pueblo. Cerca de ella, por la playa de la Caleta y el charco de la Cazona, estuvo la Casa de la Aduana, órgano de la vida del muelle. En la esquina de la plaza, pegada a la casa de Carta, funcionó la Administración de Correos.

A pesar de la suciedad y el desorden, la población ofrecía un aspecto agradable, que acentuaba la poca altura de las casas y los espacios de las huertas. Así lo reconocieron los viajeros comentaristas, quienes al mismo tiempo hacían resaltar el triste espectáculo de La Laguna con calles largas y solita-

rias... «La Ciudad aparece para un extranjero que pase por ella como desolada y casi deshabitada, pues apenas puede verse a nadie por las calles, en la mayor parte de las cuales se puede ver cómo crece la hierba» (Glas, *Descripción*). «En esta isla la época de la vendimia es la de la alegría y la de la actividad. Los habitantes de la ciudad (La Laguna) parecían entonces más animados que de costumbre» (Macartney, *Viaje*).

El clima favorecía la crianza de parásitos. La falta de agua facilitaba la suciedad. Se hacían redadas de los mendigos. Se perseguía a las prostitutas: «Las cárceles de esta capital no son generalmente pobladas sino por jóvenes de la última clase social» (Macartney, *Viaje*). Con unas y con otros se relacionaba la chusma marinera.

La clase media se mostraba reticente ante las nuevas ideas filosóficas que se conocían por los libros extranjeros que entraban fácilmente en la isla. Hubo algunas buenas bibliotecas. Los diferentes grupos sociales: comandante general, ayudantes, Iglesia, aún dependiente del obispado de Canarias, Inquisición, los frailes, la Milicia, se iban conformando en capas que querían ser independientes y resultaban con frecuencia hostiles. Los pleitos eran frecuentes: «La gente acomodada es extremadamente litigiosa y se encuentra generalmente enredada en complicadísimos e interminables pleitos» (Glas, *Descripción*). La Aduana, el estanco del tabaco, la Administración del Correo, el Juzgado de Indias, el Consulado de Comercio, el Auditor de Guerra, los castellanos, el alcalde, los síndicos municipales, así como los mandos militares inferiores, constitían con los cónsules y los agentes navales el conjunto directivo. Más abajo los comerciantes, modestos mercaderes, mesoneros y, más aún, los vendedores callejeros de pan, pescado fresco y verduras o hielo.

Hasta el siglo xix no hubo fondas que se pudieran llamar tales. Casas donde daban cama y comida existieron una o dos. Cuatro vendedores de libros. Ledru señaló el deseo de cultura de los isleños. El negocio de las tabernas estaba en manos de mujeres que, además de vender vino, celestineaban; estos despachos de vino y de Eros estuvieron por la trasera de la plaza

de la Pila, hacia la iglesia. Las otras mercancías se mostraban en tenderetes improvisados o en el suelo; las principales eran: quesos frescos, bujías de sebo, arenques, tabaco en rama y en polvo, ferretería menuda, clavos, cacao cuando llegaba barco, telas, gofio, pescado salpreso... Su olor invadía la población. Los vendedores de pan que venían de La Laguna debían de colocarse en la trasera del castillo, por las tapias de su huerta hasta la plaza. En Santa Cruz se hacía poco pan, para ahorrar leña. Se comía a veces un pan de papas. Los socios de la recién creada Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna ensayaban las recetas «para hacer un pan de papas», pero informaban «que sabía demasiado a papas» (R. Sociedad, *Actas*). Los vendedores de nieve del Teide se situaban en la Marina. Las comidas consistían en pescado salpreso, tocino fruta, pan duro y vino no muy bueno. «La gente no se alimenta sino de patatas y bacalao que pescan en la costa de África o que traen de América del Norte» (Macartney, *Viaje*). La relación de platos que puso Glas en su libro, «sopa hecha con vaca, cordero, cerdo, tocino, zanahorias, nabos, patatas, guisantes, cebollas, azafrán, etc., cocido todo junto; cuando se echa la sopa en el plato se ponen en éste finas rebanadas de pan. El segundo plato consiste en carne asada, etc. El tercero es el aceite y los ingredientes que sirvieron para la sopa, después de lo cual viene el postre que comprende frutas y dulces...» debía de ser un festín de Balthasar, reservado para pocas familias y aun en éstas cuando repicaban gordo. En las casas de más acomodo era costumbre obsequiar a las visitas mañaneras con chocolate y dulces. Seguía la fiesta de enramar las sillas de los que celebraban el día de su santo...

Los toques de oración y de cubrefuego marcaban el fin de las actividades de cada día. Había miedo al rebato, a las señales de alarma y se miraban las banderas de Anaga para conocer si los que se avistaban eran buques amigos o enemigos. Por ese estado normal de sobresalto, estaba prohibido cortar los cardones que crecían por la costa de la Marina, entre los castillos, que luego de secos utilizaban como leña, pero que servían para que los tiradores se apostaran tras ellos en caso de ataque. Por Paso Alto y la huerta de los Melones estaban

los lavaderos, y se prohibía a los hombres acercarse, pues las mujeres se quitaban las sayas y los corpiños para trabajar.

Ante este conjunto de edificaciones y de seres humanos, vivos y en constante crecimiento, fondeó en la mañana del día 31 de julio de 1776 el barco del capitán Cook.

Las notas que hizo sobre su viaje, en el cual había de perder la vida, fueron recopiladas y se publicaron en 1874. El relato es en general como un diario de a bordo, sencillo, concreto y sin literatura.

II

EL TEIDE, LA GUERRA DE LS RELOJES, LOS VIAJEROS

El Teide, el Pico de Tenerife fue un lugar que atraía a los sabios y a los curiosos. Al estudioso, lo mismo que al viajero. Conocer la montaña se deslizaba en dos vertientes: la que atendía solamente a su grandiosidad y a la belleza de sus paisajes, y la que pretendía estudiarla y conocerla. Fue un panorama y un problema.

Unos querían verlo, subir a él, atraídos por la majestuosidad de sus cumbres; otros lo hicieron preocupados por aclarar los enigmas que ofrecía. Su altura, dimensiones, clima, geología, situación exacta, etc. Estos datos fueron expuestos de modo diverso. Para unos fue asombro y para otros distracción. José de Viera tiene en las *Noticias de la historia de Canarias* una detallada noticia, en la que incluyó muchos de aquellos datos y una mención de quienes hasta 1770 habían subido a la cima.

Un viajero distinguido fue el capitán general Andrés Bono y Pignatelli, que según Viera recorrió curioso las islas, lo vio todo y subió al Teide en 1743. No fue el primero. El Pico, que según Cadamosto ardía continuamente y por el cual juraban los guanches, hubo de ser visitado desde las primeras épocas prehistóricas. Thomas Nichols, agente comercial inglés, que residió en Tenerife por 1583, hizo una descripción de la montaña. Sin embargo, las ascensiones realizadas antes de 1700 si bien no debieron ser muchas, sí que han permanecido ignora-

das. Viera citó a unos mercaderes que la hicieron en 1656. En 1704 ocurrió la erupción que asoló Garachico. En 1715 subió el doctor Edens; en 1743 lo hizo Andrés Bonito; tras ellos fueron el ingeniero español Manuel Hernández y el sabio francés, capuchino mínimo, Luis Feuillée, que subió dos veces, la primera en 1707 y la segunda en 1724, cuando la Academia francesa lo envió a Canarias para que dictaminase sobre la posición exacta de la isla de El Hierro. La fecha de esta segunda ascensión es la de 28 de agosto de 1724. Después la harán Leberden, Claret de Fleurieu, éste con el abate Pringle, La Billardiere, Borda, Joung, Monneron, etc.

Venir a Tenerife y subir al Teide constituyó un asunto de interés para los sabios que estaban realizando durante el siglo de las luces una revolución científica tan destacada como la social cultural.

Desde tiempos anteriores, los científicos intentaban aclarar un punto que consideraban capital para el conocimiento de la geografía de la Tierra. Se trataba de precisar la situación exacta de cualquier lugar del mundo.

En el siglo xv, Hernando Colón y Alonso de Santa Cruz intentaron establecer la longitud del meridiano por la medición con relojes, que entonces eran imperfectos. En el siglo xviii se comenzaron a fabricar cronómetros de mayor precisión. Antes, Luis XIV había establecido premios para quienes construyeran buenos relojes. Él fue además quien ordenó que se tomara como medida de los meridianos el que coincidía con la Punta de Orchilla, en la isla de El Hierro, que se sustituyó posteriormente por el de Greenwich, en Inglaterra.

El planteamiento científico lo vulgariza el escritor francés Julio Verne en el libro *Los grandes navegantes del siglo XVIII*, y lo hace del siguiente modo:

«Para determinar la posición de un punto en el globo, es preciso obtener primero la latitud, es decir, su distancia desde el Ecuador hasta el Polo Norte o hasta el Polo Sur, y después su longitud, o en otros términos, su distancia hacia el Este o hacia el Oeste de algún meridiano... Si se conoce la hora de a bordo, es decir, la hora verdadera que se debe de contar por el meridiano del buque en el instante de una ob-

servación cualquiera, y si al mismo tiempo se sabe la hora del puerto de donde se ha salido o la de un meridiano conocido, la diferencia de las horas dará evidentemente la de los meridianos a razón de 15° por hora o de 1° por cuatro minutos de tiempo. De aquí se sigue que el problema de las longitudes puede reducirse a determinar en un instante dado la hora de un meridiano conocido cualquiera.»

«Para esto era preciso tener un cronómetro o un reloj que conservara un isocronismo perfecto a pesar del estado del mar y las diferencias de temperatura.»

«En este sentido se hicieron algunas investigaciones. Beson en el siglo xvi, Huygens en el xvii, y después Sully, Harrison, Dutertre, Gallon de Rivas, Le Roy y Fernando Berthoud habían buscado o estaban buscando todavía la solución de este problema.»

«Además, los gobiernos inglés y francés, penetrados de los servicios que prestaría un instrumento perfecto, habían prometido grandes recompensas al que lo inventara, y la Academia de Ciencias había abierto para ello un concurso solemne. En 1765 Le Roy presentó dos relojes a este concurso, mientras que Berthoud, que trabajaba para palacio, se vio obligado a abstenerse de concurrir. Los relojes de Le Roy salieron victoriosos de las pruebas a que fueron sometidos en tierra, pero era preciso ver si resistían las pruebas en el mar.»

José de Viera y Clavijo, que aprovechó bien el tiempo de estancia en París en 1777, anotó en el *Diario de Viaje*, con fecha 21 de julio de aquel año: «Después fuimos a casa de Julián Le Roy, célebre artífice de relojes, quien me explicó con toda claridad los principios mecánicos de su reloj marino, de que era inventor, desmontándolo y montándolo a nuestra presencia.»

Debió de referirse a Pedro Julián Le Roy (1717-1785), hijo de Julián Le Roy (1686-1759), que fue el fundador del importante taller de relojería. Las pruebas que se hicieron con los relojes marinos de Le Roy resultaron buenas, y la Academia le dio el premio; pero como sabía que otros relojeros estaban trabajando en el asunto dobló el premio para la convocatoria del año 1773, y a ella se presentó Fernando Berthoud (1727-1807). «Para probar la eficacia de sus relojes, se armó en Ro-

chefort, en los últimos meses de 1768 —dice Verne—, una fragata de diez cañones llamada “La Isis”, cuyo mando se confió al caballero D’Evreux de Fleurieu» (Carlos Pedro Claret d’Evreux, 1738-1810, conocido como Claret de Fleurieu, al cual nombró Napoleón, en 1808, conde de Fleurieu). «La Isis» estuvo en Tenerife en dos ocasiones: al comienzo del viaje, a fines de 1768, y cuando finalizado volvía a Francia, a mediados de 1769.

Viera hizo otra anotación en el *Diario*: «El bibliotecario, Mr. L’Abbé Pringle, canónigo de Santa Genoveva (el ayo del marqués del Viso, estaba visitando la famosa iglesia de París), nos lo describió todo y hablaba un poco el español, por haber estado dos veces en Tenerife, durante los viajes astronómicos emprendidos (el último en 1769), en un navío de la Marina real, para probar el nuevo reloj marino. Era profesor de Astronomía y de la Academia de la Ciencia de París. Yo le dije que con efecto hacía memoria de haberle visto dicho año en la ciudad de La Laguna, con otros franceses.» El abate francés vino pues a Tenerife con Claret de Fleurieu en las dos ocasiones de la fondeadura de «La Isis».

Lope de la Guerra no hizo mención de Pringle paseando «con otros franceses» por La Laguna, pero la indicación de Viera confirma, por un lado, la casi constante presencia de sabios extranjeros en Tenerife y, por otro, el hecho de la llamada «lucha o guerra de los relojes», a que se refería Julio Verne. Asimismo testifica la estadía de Claret en Santa Cruz en aquellos años.

«Hasta entonces —escribió Verne— los relojes habían sido examinados separadamente y por diversas comisiones. Después se trató de someterlos al mismo tiempo a las mismas pruebas para ver los que salían victoriosos; y con este objeto se armó la fragata “Flora”, en Brest, y se dio el mando a un oficial muy distinguido, Verdun de la Crène, que debía ser nombrado jefe de escuadra en 1786. Las etapas de esta campaña fueron: Cádiz, la isla de la Madera, las Salvajes, Tenerife...» La relación del viaje de Verdun de la Crène forma un voluminoso libro, en el cual hay observaciones sobre Canarias. Es interesante el comentario relativo al meridiano de El Hierro.

«Es el meridiano más occidental de estas islas —apuntó Verdun— y el que Ptolomeo eligió para primer meridiano... Le era fácil, sin duda, elegir para primer meridiano el de Alejandría; pero aquel grande hombre comprendió que semejante elección no había ningún honor a su patria; que Roma y otras ciudades ambicionarían quizá aquel honor imaginario y que eligiendo cada geógrafo y cada autor de viajes arbitrariamente su primer meridiano, podría engendrarse confusión, o a lo menos dudas en el ánimo del lector...»

El 19 de agosto de 1785 atracaron en el puerto tinerfeño los navíos franceses «La Boussoule y «L'Astrolabe». Mandaba el primero Juan Francisco Galaup de La Perouse, conde de La Perouse (1741-1788), y el segundo el capitán Delangle. En la expedición que estuvo muy bien organizada y con afán de emulación de las hazañas de los marineros ingleses, iban los sabios Monneron, ingeniero; Barbizet, geógrafo; Rollin, cirujano; el físico Lemannon y el relojero Guruy. En el barco de Delangle viajaba «el ilustre Monge que por fortuna para la ciencia desembarcó en Tenerife el 29 de agosto de 1785». Julio Verne alude con esta observación al desdichado fin que tuvo la empresa de La Perouse. En relación con los relojes, el marino escribió: «Las diferentes observaciones de los señores Fleurieu, Verdun y Borda no dejan nada que desear respecto a las islas de Madera, Salvajes y Tenerife. Así las nuestras no han tenido por objeto más que la prueba de nuestros instrumentos.»

Julio Verne añade: «Mientras los astrónomos se ocupaban en determinar la marcha de los relojes astronómicos, los naturalistas, con muchos oficiales, hacían una ascensión al Pico de Tenerife y recogían algunas plantas curiosas. Monneron había llegado a medir la altura de aquel monte con más exactitud que sus antecesores Heberdeen, Feuillée, Bouguer, Verdun y Borda, que le atribuían respectivamente 2.409, 2.213, 2.100 y 1.904 toesas. Por desgracia, aquel trabajo que hubiera puesto fin a todas las disputas no llegó nunca a Francia.» (La toesa es una medida antigua utilizada en Francia y que equivalía a un metro con 946 milímetros.) De La Perouse y sus compañeros no se tuvieron noticias. En febrero de 1788 habían sido atacados por los naturales de Nauna en la isla de Vanikoro, cerca

de Bontany Bay, que los asesinaron. Francia organizó en 1791 una expedición que buscara a Laperouse y los suyos. La formaron las urcas, navíos de pequeño tonelaje de navegar lento y seguro, «L'Investigation» y «L'Espoir»; a su mando iba el contralmirante Bruny d'Entrecasteaux (1739-1793), ilustre marino que había luchado a favor de España en el sitio de Menorca de 1756. «Se dio el mando de la escuadra —escribe Verne— al contralmirante Bruny d'Entrecasteaux, que había llamado la atención del ministro por su campaña en la India navegando con monzón contraria... Entre los hombres científicos que se embarcaron estaban el naturalista La Billardiere, los astrónomos Bertrand y Pierson, los naturalistas Ventenat y Riche, el hidrógrafo Beautemps-Beaupré y el ingeniero Jouvençy.»

«Los dos buques llevaban un rico surtido de objetos de cambio y víveres para dieciocho meses. El 28 de septiembre salieron de Brest, y llegaron a Tenerife el 13 de octubre. En aquella época una ascensión al famoso Pico era de rigor.»

«La Billardiere fue allí testigo de un fenómeno que había observado ya en el Asia Menor: su cuerpo se dibujaba con los hermosos colores del arco iris en las nubes situadas debajo de él al lado opuesto del Sol.»

El viaje de La Billardiere está descrito en la *Relación de viajes en busca de La Perouse*. En él hay curiosas observaciones relacionadas con su estancia en Tenerife.

Por el mes de octubre de 1796 arribó a Santa Cruz de Tenerife la urca «La Belle Angelique»; llegaba en un estado deplorable, y como después se vio, incapaz para seguir viaje. La había sorprendido una tempestad que la aniquiló. Estaba al mando del capitán Baudin, que ya había realizado otros viajes, y que intentaba llegar a las Antillas holandesas para recuperar muestras botánicas y zoológicas obtenidas en anterior expedición y que los ingleses retenían. El viaje había sido organizado por el famoso científico Jussieu y en él iba en calidad de botánico André Pierre Ledru. Como las notas que figuran en la traducción que se ha hecho recientemente del viaje de Ledru no dan una idea clara del personaje, he de añadir que fue un individuo de cierta importancia, aunque a nivel provin-

cial. Su vida está indicada en la *Biographie des hommes celebres que s'ont fait distinguer par ses faits et actions* (Bib. Real Sociedad, sig. 28, 41).

Ledru nació en Chantenay (Le Mans), en el seno de familia acomodada. Estudió para sacerdote y fue párroco en el departamento de La Sarthe. En 1796, cuando arreció allá el movimiento revolucionario, huyó a París y fue uno de los clérigos que juró la Constitución. Colgó los hábitos y como era conocedor de Botánica fue enrolado en la expedición de Baudin. Como la «Bella Angelique» no servía, el capitán gestionó con el cónsul de Francia Clerguet la compra de otra embarcación, pero esto le llevó un tiempo, durante el cual Ledru recorrió la isla. Hombre sin duda afable y ameno debió de pasarlo muy bien en Tenerife, donde hizo buenas amistades: Bernardo Cologan, Cambreleng, el sexto marqués de Villanueva del Prado, etc. Durante los seis meses que estuvieron en Tenerife, Ledru no dejó de tomar notas, que completó en París y Le Mans con la lectura de obras sobre Canarias, la historia de Viera entre otras. Publicó su libro en 1813, o sea, que tuvo una elaboración de cerca de quince años. En él hay unas cien páginas dedicadas a Tenerife, todas escritas con cierto grado de afecto y buen recuerdo, pues le debió de quedar agradable memoria de los días que pasó en la isla. Al extremo que anotó esta frase: «Si tuviera que abandonar los lugares que me vieron nacer y buscar otra patria, sería en La Orotava adonde iría a terminar el curso de mi vida.»

El viaje a las Indias se reanudó en 1797, pocos meses antes de que Nelson atacara Santa Cruz, y Ledru, de vuelta a Francia, elaboró su obra aprovechando noticias y lecturas que hizo entonces. Se residenció en Le Mans, donde se casó y se dedicó a la enseñanza. Entre sus obras se cita una sobre costumbres de los guanches, que se desconoce.

En 1800 se preparó en Francia una nueva expedición. Julio Verne en la obra citada escribió: «El Instituto fue entonces el órgano de la opinión pública y reclamó del gobierno una expedición a las tierras australes, recomendando veinticuatro hombres de ciencia, que fueron designados por el gobierno para tomar parte en el viaje.»

«En este Estado mayor científico iban Leschenaut de La Tour, Francisco Perón y Bory de Saint-Vincent. Los oficiales y los marineros habían sido escogidos entre los más hábiles. Entre los primeros debemos citar a Francisco Andrés Baudin, Peureux de Melay, Duval de Ailly, Jacinto de Bougainville, Carlos Baudin, Manuel Hamelin, Pedro Millius, Mangin, Enrique de Frecynet, que todos llegaron al grado de contralmirante o de almirante; La Bas Saint-Croix, Pedro Guillermo Gicquet, Jacobo Felipe Montgery, Jacobo de Saint-Cryck y Luis de Frecynet, futuros capitanes de navío.»

«Para ella se armaron en El Havre una corbeta de treinta cañones llamada el "Geógrafo" y una gabarra bastante grande titulada el "Naturalista"... El 19 de octubre de 1800 los dos buques salieron del Havre saludados por las aclamaciones de una multitud inmensa. Los navegantes se detuvieron algún tiempo en el puerto de Santa Cruz de Tenerife...»

El relato de la estancia de los viajeros en Tenerife se halla en la obra que escribió Bory de Saint-Vincent, con el título de *Essais sur les îles Fortunées et l'Antique Atlantide, o Précis de l'histoire generales de l'Archipel des Canaries*, 1802, en 4.º.

Las notas de Bory de Saint-Vincent no favorecen mucho a Tenerife. Este naturalista y militar nació en Agen hacia el año 1773. Debió de ser hombre violento. De vuelta de su viaje se inscribió en la milicia y estuvo en España, durante la guerra de la Independencia, en el estado mayor del mariscal Soult. Recorrió Andalucía con la misión de requisa de contribuciones, y actuó con dureza, siendo lo que dice de él la *Biografía de hombres célebres*, «un garnissaire de ce malheureux pays». Se hizo célebre en París en 1815 por su ferviente adhesión a Napoleón. En una proclama que leyó como diputado en junio de aquel año volvió a recordar su estancia en Andalucía: «¡Ah!, señores, aquellos que por su condición han sido como yo los jenízaros de España, saben que la presencia de los mejores ejércitos es insuficiente para dominar a un pueblo...» Bory de Saint-Vincent salió expulsado de Francia en 1816 y residió en Bruselas.

El libro que sobre las islas canarias hizo Bory de Saint-Vincent es extenso y documentado. El autor, «J. R. G. M. Bory

de Saint-Vincent, oficial francés», conocía o conoció los libros que se habían escrito anteriormente sobre el archipiélago. En Tenerife tuvo relaciones amistosas con Bernardo Cologan y Fallón. Aquí se dedicó a recorrer la isla y a refutar o aclarar los comentarios de alguno de los autores de aquellos relatos. Así dijo que la relación de Macartney «es falsa y desnaturalizada». Leyó con Cologan las obras que se habían escrito relativas a Canarias. Estuvo en contacto con el cónsul Broussonet con el cual herborizó y que le consiguió una momia guanche. No estuvo conforme con algunas ideas de Scory y de Sprats.

Aunque hizo aspavientos —como otros— ante las pinturas que mostraban sangrientos episodios inquisitoriales, aseguró que «el despotismo monacal y la Inquisición no pesan sobre el pueblo». Se admiró también de las listas de libros prohibidos que se ponían a la entrada de las iglesias, algunos sin más razón que *in odium auctoris*, por odio al autor. Además de Cologan y Broussonet, Bory conoció a los Murphy, «destacados comerciantes de Santa Cruz». Aseguró que el desembarcadero era peligroso y que había que tomar precauciones al desembarcar de las lanchas. Le sorprendió la entrada a la ciudad «por una mala puerta de madera», en cuyos alrededores olía muy mal, porque los viandantes hacían por allí sus necesidades menores. Vio muchos frailes y curas con hábito, lo cual no era corriente entonces en Francia; también muchos mendigos que solicitaban una *pecete* y bastantes mujeres pobres y malolientes. Encontró a las santacruzeras de clase acomodada, de buen tipo, de bellos ojos, delgadas y morenas, «a la portuguesa», pero con nariz grande y dientes estropeados. Cologan le hizo el relato de la erupción del Chaorra, en 1798. Dedicó bastantes páginas a detallar plantas y especies biológicas de Tenerife y estudió la historia de los naturales de las siete islas, costumbres, creencias, momificación, etc. El libro acaba con una teoría sobre el emplazamiento de la antigua Atlántida. Lleva varios excelentes grabados de dibujos hechos por él mismo, de mapas, el Teide y algunas flores o plantas curiosas. Es un libro indudablemente de bastante interés, honesto, y se puede poner al lado del de Ledru, tanto por su erudición como por el afecto con que estudió las islas.

A estos viajeros franceses de nación, huéspedes de Tenerife, hay que añadir otros ingleses, que también vinieron por aquí. Así el comandante Joung, que en 1772 sacó de la isla una momia; James Cook, sujeto principal de este trabajo, con Bligh y los demás, y muy principalmente al embajador lord Macartney, que estuvo en Santa Cruz de Tenerife el año 1792 cuando hacía viaje a la China y Tartaria para posesionarse de su cargo. Macartney es personaje de interés y el relato que hizo de su estancia en la isla ofrece aspectos que hacen pensar que fue tan inglés como diplomático y tan diplomático como espía. Se puede sospechar que sus detalles sobre los castillos, fuertes, baterías, etc., que defendían la plaza y que incluyó en su libro *Viaje en el interior de la China y de Tartaria realizado durante los años 1792, 1793 y 1794*, tendían a ilustrar a cualquier posible atacante de Santa Cruz. En este punto su narración contrasta con la de Cook, que omitió cualquier dato de tal índole. En todo caso el espionaje diplomático no es cosa de hoy, aunque lo apuntado por el embajador, no muy amplio, pero sí concreto, es sugestivo, y es normal suponer que hacía uso de lo que iba conociendo si esto podía favorecer a su país.

Por eso es curiosa la interpretación que da del ataque que en 1657 hizo Johw Blake contra la flota hispana anclada en la rada de Santa Cruz: «... el peligro a que se exponen los navíos que la pudieran atacar. El viento no sopla casi nunca del lado de tierra y si fracasaran en su empresa, les sería imposible escapar al fuego de las baterías que bordean la ribera».

«El valiente almirante Blake —siguió Macartney— desafió sin embargo este peligro, cuando en 1657 Inglaterra estuvo en guerra con España. Lleno de ardor en servicio de su país, atacó en la bahía a una flota de galeones tan numerosa como su escuadra, y a pesar de las baterías costeras, hundió todos los barcos españoles. El viento que cambió de pronto, como por milagro, le permitió retirarse. Es imposible contemplar el sitio donde se desarrolló la acción, sin soñar en los peligros que lo rodean y experimentar algo del temor que implica un peligro que nos amenaza todavía.»

Palabras de indudable prevención y aviso a un potencial atacante. De sobra es sabido que Blake no hundió los barcos

de Diego de Eguez; la flota española fue hundida por sus tripulantes una vez que sus riquezas fueron trasladadas a tierra.

Prescindiendo del invencible proselitismo que debe desarrollar un diplomático, los comentarios de Macartney parecen calcados de los de Cook. Clima, vino, agricultura, precios, costumbres, etc. La duración de la estancia permitió a los pasajeros de los navíos «Lion» y «L'Industan», que acompañaban al embajador, intentar la ascensión al Teide, pero el mal tiempo debido a la época (fue en el mes de octubre) les impidió alcanzar la cima. Unos se quedaron frente al Pan de Azúcar y otros en la Montaña Verde. Macartney salió de Santa Cruz el 27 de octubre de 1792.

Cinco años después llegaría Horacio Nelson, pero al gran marino inglés no lo podemos considerar como un visitante. Tampoco está dentro de la cronología que me he impuesto, la estancia en la Isla de otro ilustre viajero, Alejandro de Humboldt, que pisó en Tenerife los umbrales del siglo XIX.

El capitán James Cook

James, Jacobo o Jacques Cook nació el 27 de octubre de 1728 en Matton, en el condado de York; fue el noveno hijo de un modesto labrador y a los ocho años ayudaba al padre en el campo; el granjero de Airy Holme, la finca donde trabajaba, le enseñó a leer. A los trece años era ayudante o aprendiz en una mercería del pueblecito costero de Staith, y allí comenzó a entusiasmarse por el mar. Los señores Jhon y Harry Walker, que tenían barcos que llevaban carbón a Irlanda, lo contrataron, y de grumete fue ascendiendo hasta patrón de barco.

En 1755 Francia y Gran Bretaña estaban en guerra y la Marina inglesa realizaba levass forzosas, al principio Cook se escondió, pero más tarde se presentó voluntario en el buque «Eagle», que mandaba sir Hugo Palliser. En aquel navío llegó a contramaestre. El 15 de mayo de 1759 pasó al «Mercure», que iba a Canadá para coadyuvar en el sitio de Québec. Allá fue encargado de sondear el río San Lorenzo, y levantó un mapa que le valió la felicitación del almirantazgo. Embarcó

luego en el «Northumberland», estudió astronomía y levantó planos de las islas San Pedro y Miquelón. Había logrado la confianza de los altos jefes de la Marina, que en 1769 le dieron el mando del «Endeavour» con la misión de explorar los mares de la Antártida. Éste fue el primer viaje, en el cual descubrió las islas de la Sociedad, Tubai y Nueva Zelanda. En el segundo, emprendido en 1772, descubrió Nueva Caledonia y recorrió el Antártico. En 1776 emprendió el tercero, en el cual recaló en Tenerife. Descubrió las islas Sandwich o Hawai. El 14 de febrero de 1799 y estando en la bahía de Karakakua, en Hawai, los indígenas lo atacaron y aunque se defendió con un fusil, lo asesinaron.

De James Cook se ha dicho que es «uno de os más famosos navegantes de que puede gloriarse Inglaterra».

Estancia del capitán Cook en Tenerife

El viaje de James Cook a que me estoy refiriendo originó una obra que se editó en Dublín en 1784. Su título, en castellano, es: *Un viaje al océano Pacífico por orden de Su Majestad, para realizar descubrimientos en el hemisferio norte y determinar la posición del oeste de América, su distancia de Asia y la posibilidad de un paso a Europa por el nordeste, hecho bajo la dirección de los capitanes Cook, Clerke y Gore en los navíos de S. M. "Resolution" y "Discovery", en los años 1776, 1777, 1778, 1779 y 1780. En tres volúmenes. Los volúmenes I y II escritos por el capitán Cook, miembro de la Real Sociedad Publicado por orden del comisionado del Almirantazgo. Dublín, 1784.*

Comienza con un emocionado elogio del ilustre viajero, al que siguen las instrucciones dadas a los expedicionarios, y la lista de quienes tripulaban las naves.

Cook menciona en el preámbulo a un científico que le ayudó bastante: «El señor Anderson, mi cirujano, que une a su pericia en la profesión, un buen conocimiento de la Historia Natural, estaba tanto como es posible, bien calificado, para



El capitán James Cook.

describir cada detalle de esta rama de la ciencia, que fuera digno de ser tenido en consideración. Como había estado antes en las islas del Sur y me había sido de singular mérito con las varias noticias utilizables sobre hombres y cosas, para enriquecer mi relación de aquel viaje, espero razonablemente que su ayuda me sirva para anotar nuestros nuevos adelantos.»

En efecto, Cook incluyó en varias ocasiones los párrafos noticiosos que le proporcionó el cirujano Anderson. En el capítulo II, que corresponde íntegro a Tenerife, más de la mitad de su contenido procede del médico inglés, y considero que en sus notas no detalla las andanzas y las opiniones personales de Cook. Aparece, por tanto, el recuerdo de una noticia que asegura que el navegante inglés residió en la finca conocida como «Casa Mackay», que está en la carretera vieja a La Laguna, a la altura de Gracia, y desde la cual se dice que veía en el mar los barcos de la expedición. Habremos de tener en cuenta dos consideraciones: una, que no es lógico que un hombre tan cuidadoso de la preparación de un viaje abandonara sus barcos para irse varios kilómetros tierra adentro; la segunda, que la idea falla desde el momento en que tenemos la seguridad de que desde la citada finca, ni aún desde sus ventanas altas, se puede ver la rada de Santa Cruz. Tal vez Cook se acercara en alguna corta ocasión a la casa. También se ha dicho que estuvo en la de los Cólogan; ha de entenderse siempre que hubo de ser —si fue— en la que estos opulentos comerciantes tenían en Santa Cruz de Tenerife y nunca la del Puerto, entonces de La Orotava.

Otro de los hombres embarcados en la «Resolution» fue Omal; era un nativo de las islas del Sur, de Oteheite, en las de la Sociedad; había sido llevado a Inglaterra en el viaje anterior, pues subió a bordo del navío «Adventure», del capitán Tobias Furneaux, y se quedó en él. Ya en la metrópoli, el conde de Sandwich, lord primero del Almirantazgo, lo presentó al rey Jorge III y los señores Banks y Solander, que habían viajado con Cook, lo llevaron a las casas más distinguidas de Londres, en la que lo mostraron como curiosidad. Ante el nuevo viaje se pensó en retornarlo a su patria con la idea de que hiciera propaganda de las excelencias de la civilización; Cook

apuntó: «Como en nuestro camino al escenario de las nuevas operaciones teníamos que tocar en las islas de la Sociedad, se determinó no perder la oportunidad (la única verdaderamente posible) de llevar a Omai de vuelta a su país. De acuerdo con esta idea, y estando todo preparado para nuestra marcha, él y yo salimos de Londres a las cinco de la mañana del día 24 (junio). Omai dejó Londres con una mezcla de pena y satisfacción...» Lope de Guerra hace mención «de un indio que habían traído a la Europa...». Se puede suponer la admiración de los tinerfeños ante Omai.

Los tripulantes del navío de Cook fueron ciento doce y el *master* o patrón se llamaba William Bligh, célebre como marino y famoso por su genio atrabiliario y dominante. Bligh nació en Tyntan en 1754. Vino una primera vez a Santa Cruz de Tenerife en el viaje de Cook que estoy relacionando; en 1787 fue designado para mandar la nave «Bounty», con la misión de llevar el árbol del pan, desde Otaiti a América e Indias occidentales. Fue entonces cuando recaló por segunda vez en Santa Cruz de Tenerife. Descubrió unas islas al norte de Nueva Zelanda que llamó islas Bounty y en el viaje parte de la tripulación incitada por el contramaestre Fletcher Christian se amotinó. El episodio ha sido llevado al cine y ha dado lugar a narraciones como *Rebelión a bordo*, de Nordhoff y Hall, y *Los amotinados de la Bounty*, de Julio Verne. Christian obligó a Bligh y dieciocho de sus partidarios a meterse en una lancha, con pocas provisiones y sin armas, pero Bligh consiguió llegar con dieciséis de sus compañeros a Batavia. En 1805 fue nombrado gobernador de Nueva Gales y también tuvo encontronazos con sus subordinados. El teniente coronel Johnston lo depuso en 1808; estuvo preso cinco años. Vuelto a Inglaterra se defendió con eficacia, y en 1814 fue nombrado vicealmirante. Murió en Londres en 1817.

Los que se encargaron de ordenar las notas de Cook tuvieron a mano, entre otros libros que citan, el de Jorge Glas *The History of the Discovery of the Canary Islands*, editada por primera vez en Londres en 1764 y por segunda en 1787, muchos años después de que el comerciante, médico y viajero irlandés, su mujer y su hija fueran asesinados por «cuatro mal-

vados convictos», marinos amotinados del buque «Conde de Sandwich», en que volvían de Canarias a Inglaterra. Las notas de los editores llevarán la indicación oportuna. El libro de Glas ha sido traducido en 1976 por Constantino Aznar de Acevedo y editado por el Instituto de Estudios Canarios. Me sirvo de esta edición para corroborar las noticias de Cook-Anderson, que son las que siguen:

«Capítulo II. Estancia de la "Resolution" en Tenerife. Recepción. Descripción de la rada de Santa Cruz de Tenerife. Provisiones que se pueden adquirir allí. Observaciones para fijar la longitud de Tenerife. Algunas noticias de la isla. Observaciones botánicas. Las ciudades de Santa Cruz y La Laguna. Agricultura. Aire y Clima. Habitantes.»

«... habiendo observado que no teníamos heno ni trigo suficiente para la subsistencia de los animales a bordo hasta nuestra llegada al cabo de Buena Esperanza, he determinado tocar en Tenerife para proveernos de varios alimentos frescos para nosotros y para aquellos; pienso que esta isla se halla mejor preparada que la de Madera por varias razones.» (Cook estuvo en Madera, en Funchal, en un viaje anterior, por esto muchas de sus indicaciones resultan comparativas entre Tenerife y aquella isla.) «A las cuatro de la tarde del viernes treinta y uno de julio, vimos Tenerife, y abarloamos cerca de la isla y durante la noche nos mantuvimos a distancia.»

«En la mañana del uno de agosto, al amanecer, volvimos a navegar, rodeando la punta Este de la isla, y cerca de las ocho anclamos en el lado Sudeste, en la rada de Santa Cruz de Tenerife, a treinta y tres brazas de profundidad; el fondo es de arena y lodo. La Punta de Naga (Anaga) se halla al Este de la rada y señala 64° Norte a Oeste; la iglesia de San Francisco se destaca por su alto campanario al Oeste Sudeste; el Pico da 39° Sur Oeste. En tal situación, amarré dos cables por cada lado, uno al N.E. y el otro al S.O., y nos quedamos a media milla de la costa.»

«Encontramos fondeados en este puerto "La Boussole", fragata francesa comandada por el caballero de Borda; dos bergantines de la misma nación; un bergantín inglés, de Londres, en ruta al Senegal, y catorce velas de barcos españoles.»

«No habíamos acabado de anclar, cuando nos visitó el capitán del puerto, que quedó satisfecho sólo con preguntarnos el nombre del barco. Con esto nos dejó. Envié a tierra un oficial para que presentara mis respetos al gobernador, y pedirle permiso para que nos dejase tomar agua y adquirir varios artículos que necesitábamos. Nos lo concedió con la mayor cortesía. Poco después vino a bordo un oficial para complimentarnos por nuestra llegada. Visité personalmente al gobernador con algunos de mis oficiales al atardecer, y antes de volver al barco, contraté grano y paja para el ganado; encargué algo de vino a Mr. Garrick, el proveedor, y realicé un arreglo con el dueño de una barca española para que nos trajese agua, pues constaté que nosotros no podíamos hacerlo.»

(En 1776 habían en Tenerife algunos agentes comerciales extranjeros y entre ellos figuró un Mr. Garrick, que ha de ser el que trató con Cook.)

«El puerto de Santa Cruz está situado ante la ciudad del mismo nombre, en el S.E. de la isla: es, como he dicho, el principal de Tenerife, por situación, capacidad y bondad de su fondo. Está abierto enteramente a los vientos del S.E. y del S., pero éstos no son de larga duración, y dicen que no son obstáculo para que un barco navegue con ellos y pueda anclar frente a la costa. Esto puede ser debido, en parte, al gran cuidado que en amarrarse toman los navíos. Por lo que observé, todos los barcos que encontramos allí tenían tendidas cuatro anclas; dos al N.E. y otras dos al S.O., y sujetaban los cables a los cascós con boyas. Nosotros sufrimos un poco al no tomar esta última precaución.»

El recopilador de las notas de Cook añadió: «Aunque esta circunstancia era conocida por quien facilitó el informe al capitán Cook, sabemos por Glas que “algunos años antes, estando él en Tenerife, casi todos los barcos que estaban en la rada fueron empujados a tierra”. Ver Glas, *Historia de las Islas Canarias*, pág. 235. Podemos suponer que las precauciones tomadas ahora han prevenido el que ocurran tales accidentes.»

En efecto, Glas escribió: «Hace unos años casi todos los barcos que navegaban por esta ruta fueron lanzados hacia la costa por uno de estos temporales; algunos barcos ingleses se

encontraban en aquel momento en la bahía, pero sus tripulaciones cortaron prudentemente las amarras, y así salieron del temporal con seguridad. En aquella ocasión algunos marineros españoles declararon allí públicamente que habían visto al diablo en lo más alto de la tormenta muy atareado en ayudar los heréticos» (pág. 68 de la edición de 1976).

«A la parte S.O. del puerto sale desde la ciudad hacia el mar un muelle de piedra, que es conveniente para la carga y descarga de mercancías. El agua que se facilita a los barcos se trae por este muelle. Es también la que utilizan los habitantes de Santa Cruz, y procede de un riachuelo que corre desde las colinas; su mayor parte llega a la población por canales de madera o pilones que están sostenidos sobre postes ligeros, y el resto se pierde en el mar. Pienso que esto es normal dado el tamaño de los canales por la que corren a veces torrentes muy abundantes.»

«Ahora están reparando estos pilones y por eso escasea el agua fresca, que aquí es muy buena. Si juzgamos por la apariencia del campo de los alrededores de Santa Cruz, habremos de pensar que Tenerife es lugar estéril, insuficiente para mantener normalmente a sus habitantes. Sin embargo, los copiosos víveres que recibimos nos convencen de que producen bastante para cederlos a quienes los visitas. Además del vino que es el principal producto de la isla, se puede encontrar carne por un precio módico. Los bueyes son pequeños y huesudos, y un cuarto de ellos pesa alrededor de noventa libras. La carne es desde luego limpia, y se vende ahora por medio bit (tres peniques de libra esterlina) la onza. Compré inadvertidamente terneros vivos por lo que pagué considerablemente más. Los cerdos, ovejas, cabras y pollería se compran igualmente a precios baratos, y las frutas son abundantes. Hay ahora uvas, higos, peras, moras, plátanos y melones moscados. Aquí se producen otras variedades, aunque ésta no es la época. Las calabazas, cebollas y patatas son extraordinariamente de calidad y se conservan en el mar, mejor que otras que yo haya conocido antes.»

«El maíz que también se produce aquí me costó sobre tres chelines y seis peniques una fanega.» (Cook anotó bushell que

es medida inglesa de unos 35 litros.) «Las frutas y tubérculos son en general muy baratas. No hay variedad de pescados, pero traen considerables cantidades desde Berbería en sus barcos, y los venden a precios razonables. En resumen, encuentro esta plaza más conveniente que Madera para escala de los navíos que se empeñan en largas travesías. Pienso que el vino de esta última es, según mi gusto, muy superior al de la primera, y que la cerveza es algo floja. En comparación es considerable la diferencia de los precios, porque el mejor vino de Tenerife se vende ahora a doce libras la pipa en tanto que la del mejor Madera costaría sensiblemente más del doble.»

El anotador inserta la siguiente observación: «Anteriormente se hacía en Tenerife gran cantidad de Canarias seco, que los franceses llaman vino de Malvasía, y que nosotros, siguiéndolos incorrectamente, decimos Malmsey (de Malvesia, ciudad en La Morea, célebre por su sabroso vino). En el último siglo y aun después se traía mucho a Inglaterra; pero ahora se hace poco vino aunque sí de la calidad que indica el capitán Cook. En tiempo de Glas se hacían cada año unas unoventa pipas de rico Canarias, y él dice que ahora cosechan las uvas aún verdes y con ellas hacen un vino seco y fuerte, conveniente para climas cálidos» (pág. 262).

La mención de lo escrito por Glass es ésta: «Recogen las uvas cuando están verdes y hacen con ellas un fuerte vino, seco, el cual, cuando tiene dos o tres años, apenas puede distinguirse del vino de La Madera, pero después de cuatro años se hace tan meloso y dulce, que parece el vino de Málaga en España» (pág. 91 de la edición de 1976).

«El caballero de Borda, comandante de la fragata francesa anclada en la rada, está encargado, en unión del caballero español señor Varila (Varela), de hacer observaciones astronómicas para averiguar la marcha de dos relojes que tienen a bordo de su buque. Para este trabajo han colocado a la cabecera del muelle una tienda en la que hacen sus experimentos, y comparan sus señales cada día con un reloj en tierra. El caballero nos facilitó cortésmente estas señales por lo cual podíamos comparar al mismo tiempo nuestro reloj, pero nues-

tra estancia fue demasiado corta para que pudiéramos aprovechar su amabilidad.»

«Las comparaciones que hicimos los tres días nos aseguraron que, salvo pocos segundos, el reloj no había alterado su ritmo de marcha y nos daba la misma longitud que nosotros obteníamos hallando el tiempo en las observaciones de la altura del sol en el horizonte del mar. El reloj dio los días uno, dos y tres de agosto, la misma longitud, 16° 30' Oeste; y en la misma manera se encontró la latitud, que fue de 20° 30' 11" Norte.»

«El señor Varela nos informó que la longitud verdadera desde París es 18° 35' 30' y que desde Greenwich es sólo de 16° 30', 14° 3" menos que la que daba nuestro reloj. Pero lejos de ver esto como un error de cronómetro, pienso mejor que es la confirmación de que marcha bien, y que la longitud que marcó está tan cerca de la verdad como la de cualquier otro. Lo que se confirmó posteriormente con las observaciones lunares que hicimos en el puerto y que dieron 16° 37' 10": las realizadas antes de nuestra llegada y reducidas a nuestro reloj dieron 16° 33' 30" y las que hicimos al marcharnos, reducidas luego del mismo modo, dieron 16° 28'. La media entre las tres resulta 16° 30' 40".»

«El Pico de Tenerife es uno de los lugares más señalados de la Tierra para que los geógrafos puedan reducir estas diversas longitudes y la latitud. (Yo me metí en una discusión particular con objeto de obtener la situación verdadera.) He recurrido a hacer medidas y cuando dejamos la rada de Santa Cruz de Tenerife, a las pocas horas de la marcha del buque, la hallé que era de 12' 11" al Sur de la isla, y 29° 30' de longitud Oeste. Como la base que nos ayudó a determinarlas fue estimada en parte, es posible que haya error; pienso que la equivocación no puede ser mucha. El señor Maskelyne, en la *British Marine Guide*, sitúa el Pico en la latitud 28° 12' 54" Este; la medición hecha en la rada nos dará 43' de diferencia en la longitud, lo cual excede considerablemente en la distancia que estiman hay desde el Pico a Santa Cruz. Yo calculé la latitud del Pico en 28° 18' Norte. Según esta suposición su longitud será la siguiente:

Por cronómetro	17° 0' 30" Norte Oeste
Observación directa	16° 30' 20" Norte Oeste
Según Varela	16° 46' 0" Norte Oeste

Pero si la latitud del Pico es de 28° 12' 54'', como indica la *British Marine Guide*, la longitud habrá de ser 13' 30'' más al Oeste.»

«La medición que hicimos cuando el barco estaba anclado en el puerto, utilizando nuestros compases, resultó ser 14° 41' 12'' Oeste. La inclinación de la aguja hacia el Norte fue de 61° 52' 30''.»

En esta ocasión es cuando Cook deja de consignar sus propias observaciones y cede la pluma al cirujano Anderson.

«Ahora —avisa el capitán— siguen, según sus mismas palabras, algunas de las notas que sobre las circunstancias de la naturaleza en Tenerife y sus productos hizo Mr. Anderson, tal como el mismo observó o conoció por informes acerca de la situación general de la isla, las cuales serán útiles para señalar de un modo particular las variaciones que han ocurrido desde que Glas las visitó.»

«Mientras esperábamos para ir a tierra, y como el tiempo era perfectamente claro, tuvimos la oportunidad de ver el celebrado Pico de Tenerife. Pero reconozco que quedé desilusionado con respecto a lo que esperaba de su imagen. Ciertamente las alturas que he visto de las islas de Occidente están lejos de igualar la del Pico, aunque su altura perpendicular puede ser mayor. Esta circunstancia se puede originar quizá porque aquéllas están rodeadas de otras montañas muy altas, en tanto que el Pico se asiente sin rivales.»

«Desde la ciudad de Santa Cruz la campiña asciende gradualmente y es de moderada altura; más adelante y hacia el S.O. va siendo más alta y sigue ascendiendo hasta el Pico, que aparece desde la rada sólo un poco más alto que las cumbres que lo rodean. Desde allí crece aunque no de repente ni tan rápido como puede apreciar la vista. Como no podíamos estar en la cima en un día, tuve que contratar una excursión por el campo; de otra manera hubiera querido poder visitar lo alto de esta famosa montaña.»

El recopilador añadió esta nota: «Ver un relato de la ex-

cursión a las cumbres del Pico de Tenerife en Sprats, *History of the Royal Society*, págs. 200 y sgs. Glas también subió a la cima, *Historia de las Islas Canarias*, págs. 250 a 259. En las *Philosophical Transactions*, vol. XV, vii, págs. 353, 356, tenemos "Observations made in going up te Pico of Tenerife", Dr. Heberden. El doctor halló que su altura es de 2.566 fathoms desde el nivel del mar, o sea, 15.395 pies ingleses; dice que esto le confirma dos subsiguientes observaciones: una, que él mismo hizo, y otra, que realizó el cónsul Mr. Crosse. Supo además que el caballero Borda, que midió la altura de la montaña en agosto de 1776, le dio solamente 1.931 toesas francesas, o sea, 12.340 pies ingleses. Ver las *Observations During a Voyage Round the World*, pág. 32.»

«Por la parte este de Santa Cruz, la isla aparece completamente árida. Las líneas escalonadas de las colinas se dirigen hacia el mar, y entre ellas hay valles profundos encauzados entre las montañas y las alturas que se amontonan y son cada una más altas que las anteriores. Las que se encuentran más cerca del mar están marcadas por grietas enormes que hacen que en sus acantilados aparezcan series de elevaciones cónicas con las cimas muy abruptas. Las más elevadas tienen un aspecto más uniforme.»

«La mañana del uno de agosto, después de haber andado en la rada, fui a tierra, y me encaminé hacia uno de esos valles, con la intención de alcanzar las cumbres de las colinas lejanas, que aparecen desnudas de arbolado, pero el tiempo no me permitió ir tan deprisa como querían mis pies.»

«Tras caminar cerca de tres millas, no encontré variación en el aspecto de las montañas más bajas; producen gran cantidad de *euphorbia canariensis*. Es sorprendente que esta planta grande y pulposa pueda medrar en un suelo tan caliente. Cuando se parte, lo que se hace con facilidad, suelta gran cantidad de jugo y aunque se puede suponer que cuando se seca no va a servir para nada, es fácil pensar que su madera blanda y ligera es utilizable. La gente de aquí cree que su jugo es tan cáustico que daña la piel. Pero les convencí de lo contrario, aunque con dificultad, cuando metí un dedo en la planta, sin limpiarlo luego. Aquí arrancan los troncos de *euphorbia*, los

dejan secar y los llevan a casa para usarlos como combustible. No encontré por allí nada que creciera sino dos o tres pequeños arbustos y en el fondo del valle, unas pocas higueras.»

Nota del editor: «Glas (página 251) al referirse a esta planta dice que “no puedo imaginar por qué los nativos de Canarias no sacan el jugo y lo usan para los fondos de los barcos en vez de la brea”. Ahora conocemos por M. Anderson sus razones para no usarlo.»

Pienso que Anderson cuando metió el dedo en la *euphorbia canariensis* o cardón no tenía rasguño ni herida en él. En caso de haberlo tenido habría experimentado los efectos cáusticos del jugo. Un dedo untado del líquido y restregado en los ojos puede causar graves trastornos.

«Las colinas están formadas en su base por una piedra azulada, pesada y compacta, mezclada con algunas partículas brillantes, y presentan en la superficie grandes masas de tierra arenisca o piedrecillas esparcidas alrededor. Con frecuencia hallé esta misma sustancia dispuesta en apretados estratos, y las piedrecillas desparramadas aquí y allí formaban un molde negruzco. De cuando en cuando había trozos de basalto, uno de ellos parecía enteramente metálico, por el peso y la superficie pulida.»

«La forma de estas montañas se debe, sin duda, a la acción perpetua del sol que calcina sus superficies. Estas formas se pulimentan por las lluvias y es quizá la causa de que sean tan incómodas. Porque como las diferentes sustancias que las componen están afectadas más o menos por el calor solar, resultan arrastradas en las mismas proporciones. De aquí, tal vez, que la cima de las montañas se mantengan por ser de roca dura, en tanto que la parte de sus laderas resultan destruidas. Como casualmente he observado que las cumbres de muchas montañas que están cubiertas con árboles tienen un aspecto más uniforme, me inclino a creer que esto es debido a la sombra de aquéllos.»

«La ciudad de Santa Cruz está construida razonablemente, aunque no es grande. Las iglesias no son magníficas, sin embargo son decentes y están adornados con gusto vario. Son inferiores a algunas de las de Madera, pero imagino que esto

nace de la diferente disposición de la gente, tanto como de su incapacidad para hacerlo mejor. En cuanto a las viviendas privadas y el vestido de los españoles, habitantes de Santa Cruz, son preferibles con mucho a los de los portugueses de Madera, que son quizá más capaces de desnudarse para poder adornar sus iglesias.»

«Enfrente y cerca del muelle de piedra en el atracadero hay una hermosa columna de mármol, colocada allí recientemente y adornada con algunas figuras humanas, que no desmerecen el crédito del artista, y con una inscripción en español que conmemora el hecho de la inauguración y la fecha.»

«Viernes, 2. En la tarde del día 2, cuatro de nosotros alquilamos unos mulos para ir a la ciudad de La Laguna.»

Nota del editor: «Su nombre completo es San Cristóbal de la Laguna, y se la conoce usualmente como capital de la isla. La nobleza y los letrados viven allí; aunque el gobernador general de las islas Canarias reside en Santa Cruz, que es el centro de su comercio entre Europa y América. Ver Glas, *Hist.*, pág. 248.»

«La Laguna se llama así por un lago cercano; está a unas cuatro leguas de Santa Cruz. Llegamos allá entre las cinco o las seis del atardecer, pero fue un viaje no fácil que no nos compensó de nuestras molestias, porque la carretera era mala y las mulas indiferentes. La población es desde luego espaciosa y hermosa, pero difícilmente se puede calificar con el nombre de ciudad; la disposición de las calles es muy irregular, aunque algunas de ellas son de tolerable anchura, y tienen algunos buenos edificios. En todo caso y en general, La Laguna es de inferior apariencia que Santa Cruz, aunque ésta es más pequeña si se la compara con aquélla. Nos informaron que La Laguna está decayendo rápidamente, y donde antes había casas hay ahora algunas viñas, mientras que Santa Cruz crece cada día.»

«La carretera que desde Santa Cruz conduce a La Laguna trepa por una colina escalonada que es muy estéril, aunque más abajo vimos unas higueras y algunos campos de trigo. Éstos son sin embargo pequeños y no están situados entre surcos como es corriente en Inglaterra. Parece que no consi-

guen el grano sino con gran trabajo, pues el campo se halla tan lleno de piedras, que están obligados a recogerlas y apilarlas en largas hileras o muros, en lugares cercanos. Las amplias colinas que vienen desde el S.E. me parece que están adornadas bellamente con árboles. Nada más digno de noticia se presentó durante la excursión excepto unas cuantas plantas de áloe en flor, cerca del camino, y la chocante alegría de nuestros guías que con sus cantos nos divertieron durante el viaje.»

«Gran parte del arduo trabajo que se realiza en esta isla se hace con mulos; los caballos son de escasa apariencia y están reservados principalmente para uso de los oficiales. Son de tamaño pequeño, pero están bien formados y son fogosos. Los bueyes también se emplean para arrastrar los toneles que colocan sobre unos largos travesaños de madera basta y unen a la cabeza por otra larga y tosca pieza, aunque me parece que esto no tiene ninguna ventaja particular sobre nuestro método de fijar los arreos a la espalda. Durante mis paseos y excursiones, en la isla, vi algunos halcones y loros, que son corrientes en la isla; las golondrinas de mar, gaviotas, perdices, aguzanieves, gorriones, vencejos, mirlos y canarios forman grandes bandadas; hay también lagartos comunes y otros menos corrientes; algunos insectos, como langostas y tres o cuatro clases de mosca dragón.»

«Tuve la oportunidad de conversar con un sensible y bien informado caballero residente aquí y de cuya veracidad no tengo el menor motivo de duda.» (Sugiero la posibilidad de que este «bien informado caballero» pudiera ser Bernardo Cologan y Fallón. Así como Ledru no omitió en su relato los nombres de las personas con las cuales trabó amistad o conocimiento, Anderson no dejó pista alguna.) «Por él conocí algunos detalles, que durante nuestra corta estancia de tres días no podía obtener con mis propias observaciones. Me informó que aquí es corriente un arbusto que confirma la descripción dada por Tournefort y Linneo acerca del árbol del té que crece en China y Japón. Es una especie de cizaña, cuyos miles de raíces se enredan cada año en las viñas. Los españoles de la isla la usan sin embargo a veces como bebida y le aplican las cualidades del té importado de la China. Le dan asimismo el

nombre de té, pero lo que es curioso de señalar es que dicen que ya se encontraba aquí cuando el primer descubrimiento de las islas.»

«Otra curiosidad botánica que me mencionó es lo que llaman "limón preñado". Es un limón perfecto y singular metido dentro de otro distinto de él, solo que un poco más globular. Las hojas del árbol que produce esta especie son mucho más largas que las del común, y me fue presentado como una perversión de la naturaleza, y de menos belleza.»

Nota del editor: «El autor de las *Relations of Teneriffe en Sprats History*, pág. 207, da noticias de este limón que se produce normalmente aquí y lo llama "preñado". Posiblemente emprenado, palabra española por impregnado, si aceptamos así la definición.»

«Supe también por él que cierta clase de uva que se cría aquí está reconocida como excelente remedio contra las enfermedades, y que el aire y el clima son en general señaladamente sanos y favorables para procurar la mejora de cualquiera clase de dolencias. Citó en un intento de justificar su juicio, el que se podía contar siempre con grados de distinta temperatura en el aire que se situaba en las diversas alturas de la isla, y expresó su sorpresa porque los médicos ingleses no hubieran pensado en enviar a sus enfermos de consunción a Tenerife, en lugar de mandarlos a Niza y Lisboa. Yo pude experimentar cómo varía la temperatura del aire sólo con caminar desde Santa Cruz a La Laguna y se puede seguir ascendiendo hasta que resulte intolerable. Se me aseguró que nadie puede vivir cómodamente dentro de una milla alrededor de la perpendicular de la cima del Teide después del mes de agosto.»

Nota del editor: «Esto coincide con los cálculos del doctor T. Heberden, que dice que en el Pan de Azúcar, de la montaña, o la Pericosa (como se le llama), la octava parte de una legua (o 1.980 pies), alrededor de la cima, está cubierta de nieve en la mayor parte del año. Ver *Phisical transactions*, como se indicó antes.»

«Aunque cerca de la cima sale constantemente humo, no ha habido desde 1704 erupción o terremoto, entonces fue des-

truido el puerto de Garrachica (Garachico), donde se realizaba desde antes mucho comercio.»

Nota: «Este puerto quedó entonces cubierto de ríos de lava ardiente que manaban del volcán, de modo que se han construido casas donde antes anclaban los barcos. Ver Glas, *Descripción*, pág. 244. Sin embargo, su comercio debe considerarse muy importante, pues calculan que en la actualidad hay una producción de 40.000 pipas de vino. Su mayor parte se consume desde luego en la isla, o se convierte en aguardiente y se envía a las Indias occidentales españolas.»

Otra nota: «Glas, pág. 342, dice que exportan no menos de 15.000 pipas de vino y aguardiente. En otro lugar indica, página 252, que el número de habitantes de Tenerife era de no menos de 96.000 cuando se hizo el último censo. Suponemos con fundamento que ha habido un considerable aumento de población desde que Glas visitó la isla que fue hace unos treinta años. La cantidad de vino que se consume como bebida anualmente por cerca de cien mil personas debe de alcanzar varios miles de pipas, y para convertir el vino en aguardiente hay que hacer un gran gasto. Para obtener una pipa de aquél han de destilarse cinco o seis pipas de vino. El examen de estos detalles será bueno para aceptar que la suma que da mister Anderson de una producción anual de 40.000 pipas de vino tiene fundamento de veracidad.»

«Cerca de seis mil pipas se exportaban cada año a América del Norte, aunque el comercio con este país se halla al presente interrumpido y creen que hoy no llega a la mitad de aquéllas. El maíz que cosechan es en general insuficiente para el mantenimiento de los habitantes, pero su carencia se compensa corrientemente con la importación de maíz americano, que truecan por vino.»

«Producen algo de seda; pero aunque tengamos en cuenta las piedras para destilar traídas en gran número de Gran Canaria, el vino es solamente el artículo más considerable del comercio exterior de Tenerife.»

«Nadie de los habitantes que se hallaban aquí cuando los españoles descubrieron las Canarias, queda ahora como distinto, por haber intermatrimoniado con los pobladores espa-

ñoles, pero sus descendientes son conocidos por ser marcadamente altos, de huesos largos y fuertes. (Nota del editor.) Por otra parte sí lo fueron en tiempos de Glas, cuando unas pocas familias de los guanches (así los llamaban) permanecían tranquilas sin mezclarse con los españoles. Glas, pág. 240.»

«Los hombres son en general de color atezado, y las mujeres tienen una complexión pálida, enteramente desprovista de la frescura que distingue a nuestras bellezas del Norte. La costumbre española de vestir ropas negras continúa entre ellos, pero los hombres parecen más indiferentes, y en alguna medida visten como los franceses. En algunos aspectos hemos hallado a los habitantes de Tenerife como un pueblo decente y muy civilizado, que conservan el aspecto grave que distingue a los de su país con los de las naciones europeas. Aunque no creemos que haya gran similitud entre nuestras costumbres y la de los españoles, es de valor observar que Omai piensa que no hay mucha diferencia. Él dice solamente que no parecen tan amistosos como los ingleses, y que en sus personas, se acercan a las de sus paisanos.»

COLOFÓN

Las observaciones de Cook-Anderson ilustran a su modo el conocimiento de cómo vieron la isla de Tenerife. Ahora bien: ¿Qué significó para las autoridades y el pueblo la arribada de los viajeros? ¿Supieron valorar al marino inglés?

Para muestra una sola: Lope de la Guerra, puntual y metódico, curioso además, estuvo al tanto de lo ocurrido, y en el *Diario* consiguió lo que supo...

Por aquellos días tuvieron cierta importancia algunos sucesos que él consideró dignos de anotar; el comandante general Tabalosos, recién llegado a su mando, había salido en un lanchón engalanado hacia Candelaria para pasar revista al regimiento de Güimar; el día 1 de agosto se supo en La Laguna que Carlos III había concedido el título de marqués de Guisla-Guiselín a Domingo de Guisla-Boot... además: «llegó a Santa Cruz una nave francesa en la que venía el caballero Borda a

determinar por medio de observaciones astronómicas, con el auxilio de relojes marítimos, la verdadera situación de esta isla... Pusieron en el muelle una tienda de campaña con los instrumentos para sus observaciones...». Esto coincide con lo que sabemos por Cook. Lope siguió: «llegó al mismo puerto una embarcación de guerra inglesa que iba para las Indias Orientales, cuyo capitán se dijo había navegado mucho y dado la vuelta al mundo en dos ocasiones, y descubierto dos islas en la India... y llevaba consigo un Indio, que habían traído a la Europa para instruirlo: que una de las principales señoritas de aquellas islas había sentido notablemente que lo trajeran, y esperaban que sirviese de intérprete y para la instrucción de aquellos Indios: ví a dicho capitán en 3 de agosto, que estuve en Santa Cruz, y el 4 salió a continuar su viaje...».

¿Lo vio? ¿Dónde lo vio?... ¿Por la plaza? ¿En el castillo... en la marina?... Lo cierto es que lo vio. Habrá que imaginar los comentarios y la admiración de los vendedores de pan y pescado... Le dijeron quién era, pero Lope supo después algunos detalles más de la vida del gran viajero, y como fue hombre cuidadoso, buscó la página correspondiente de sus memorias y le añadió una nota: «Este capitán era el célebre Cook, que mataron los indios en... (dejó un espacio en blanco, porque no sabía dónde, nosotros sí lo sabemos, fue en Karakua), cuyos viajes se han impreso en Londres, con láminas finas...»

En efecto, el capitán James Cook murió con un fusil en las manos el día 14 de febrero de 1779. Quizá el ejemplar que estuvo en la biblioteca del marqués Nava no lo llegara a conocer Lope de la Guerra, pero sí que había leído la *Gaceta* del 22 de mayo de 1781, donde se mencionaba al «dicho capitán»... Por eso corrigió su olvido, añadiendo la aclaración... Y si él, hombre curioso, supo tan poco, ¿qué ocurriría con los demás tinerfeños?

A través de estas noticias resalta cómo se fue situando Santa Cruz de Tenerife en el lugar que le correspondía, y para el que estuvo haciendo méritos desde que Fernández de Lugo bajó de un barco, «pájaro negro con alas blancas», en la frase poética de Lope de Vega en la comedia de *Los guanches en Tenerife*, y puso pies en la playa de Añazo. Los episodios que

ocurrieron hasta los años del siglo XVIII, a que me he referido, fueron los peldaños de una gran escalada, y forman una antología que han referido detalladamente José de Viera, los Guerra, Ledru, Juan Primo de la Guerra, Bory de Saint-Vincent, La Billardiere, Cook, Macartney, Humboldt, etc. Entre aquel pasado y el futuro está válida y presente la entidad urbana espléndida que es Santa Cruz de Tenerife.

BIBLIOGRAFIA

- BORY DE SAINT, VINCENT: *Essai sur les Iles Fortunées et l'antique Atlantide ou Precis de l'histoire de l'Archipel des Canaries*, Paris, 1802.
- CIORANESCU, ALEJANDRO: *Historia de Santa Cruz de Tenerife*. Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Tenerife, 1978.
- COOK, CAPTAIN JAMES: *A voyage to the Pacific Ocean. Undertaken by the command of His Majesty... performed under the direction of Captains Cook, Clek and Gore, in His Majesty Ships the RESOLUTION, and DISCOVERY, in the years 1776, 1777, 1778, 1779 and 1780...* Dublín, 1784.
- GLAS, JORGE: *Descripción de las Islas Canarias 1764*. Traducción por Constantino Aznar de Acevedo. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1976.
- GUERRA Y DEL HOYO, FERNANDO (marqués de San Andrés): *Noticia de dos Comandantes Generales*. Manuscrito en la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna. Publicada parcialmente con comentarios, por Enrique Roméu Palazuelos en *Instituto de Estudios Canarios*, 50 Aniversario (1932-1982), 1982.
- *Cartas a José de Viera y Clavijo en Madrid*. Borradores manuscritos en la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna.
- GUERRA Y PEÑA, LOPE DE LA: *Memorias*. 4 tomos, 1760-1791. El Museo Canario 1951-1959.
- LEDRU, ANDRÉ PIERRES *Voyage aux Iles de Teneriffe, La Trinité, Saint Thomas, Saint Croix et Porto-Rico*, París, 1810.
- MACARTNEY, WILLIAM LORD: *Voyage dans l'interieur de la Chine et en Tartarie fait dans les années 1792, 1793 et 1794 par Lord Macartney, Ambassadeur du Roi d'Angleterre, suprés de l'Empereur de la Chine...* Traduit de l'anglais, avec des notes, par M. Castejá... a Paris, An 7eme de la Republique.

- SÁNCHEZ, P. MATÍAS: *Semihistoria de las fundaciones, residencias o colegios que tiene la religión de la Compañía de Jesús en las Islas Canarias...* Manuscrito en la biblioteca de la Real Sociedad Económica de La Laguna (1754-1758).
- VARIOS: *Biographie des hommes vivants ou histoire par ordre alphabétique de la vie publique de tous les hommes qui se sont fait remarquer par leurs actions ou leurs écrits*, París, 1818.
- VERNE, JULIO: *Los grandes navegantes del siglo XVIII*, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos. Sin fecha.
- VIERA Y CLAVIJO, JOSÉ DE: *Diario e itinerario de mi viaje a Francia y a Flandes por los años de 1777 y 1778*. Santa Cruz de Tenerife, 1846.
- *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, con introducción y notas de A. Cioranescu. Goya Ediciones Santa Cruz de Tenerife, 1967.
- *Cartas familiares*. Manuscritos originales en la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna.